

Jorge Gallardo, pintor de Dios y su pueblo

Por Alfonso Chase

JORGE Gallardo expone en la Galería Enrique Echandi, del 3 de agosto al 2 de setiembre, una serie de óleos en los cuales combina el sentimiento religioso, con una visión particular de la vida de su pueblo.

En plena madurez creativa, la pintura de Gallardo trasciéndose a sí mismo, como objetivo artístico, para plantear, con sus propios medios, un testimonio colectivo del cual el artista es, a la vez que protagonista, un medio para expresar una visión del mundo absolutamente original, anticonvencional, y con raíces profundamente hondas en la fe popular.

La fe, la esperanza y la caridad, tan ausentes de nuestra vida cotidiana, son las bases sobre las cuales Gallardo ha ido planteando un oficio, en el cual lleva casi 30 años, para descubrir, a la vez que la fe popular, la hondura de nuestro paisaje interior y la vida cotidiana de nuestro pueblo, principalmente las capas subalternas, a las cuales Gallardo les ha dado voz y presencia en su obra.

Lo religioso en Gallardo parte de nuestra concepción católica, de la fe popular y la relación de esta con las potencias celestes, representadas por la iconología tradicional: ángeles, arcángeles y serafines, así como la Sagrada Familia, como punto de unión para entender el universo cristiano como legado histórico. El mundo de Gallardo es luminoso, lleno de contrastes, pleno de vitalidad, de luces estallando, presidido, casi siempre, por una figura central de la cual dimana la bondad concreta de la presencia divina.

En lo religioso, la pintura de Gallardo es, también, una lucha contra la maldad del mundo, contra el Demonio y la falta de caridad que se han entronizado en nuestro universo contemporáneo. No es loctrinario porque trabaja con colores. Rechaza la anécdota fácil, para profundi-

zar en los símbolos, no centrándose en aquello que pueda parecer enajenante, sino dándole a la fe popular una posibilidad de existencia por sí misma, en relación con las propias posibilidades del artista de concretar, por medio de los colores, una visión totalizante de su ejercicio diario.

Lo religioso no estaría completo si Gallardo no pintara, también, escenas de la vida popular, objetos cotidianos, hombres y mujeres de trabajo.

Lo religioso, entonces, está también presente en el pescador o en el labriego, y se siente en la mirada, por su dolor o abandono de los otros.

La soledad, como consecuencia de la injusticia social, es parte de la vida de sus personajes y ésta se trasluce, principalmente en los ancianos, pero se salva en la mirada, asombrada, de los niños. La pintura de Gallardo adquiere, en el contexto de nuestras artes plásticas, una soberana grandeza muy propia de su responsabilidad artística, la cual lo aísla de la pintura decorativa de otros artistas, hecha únicamente para la observación mundana y el valor social, frívolo, del pintar bonito.

En plena madurez, Gallardo, junto con Lolita Fernández, constituyen el testimonio más notable de integridad de conciencia. Gallardo, pudiendo ser un pintor más, se retrae de su oficio para indagar en el alma de nuestro pueblo y en su legado religioso. No lo hace con propósito narcisista sino con la voluntad diáfana de trascender el lucro, el valor comercial del arte, para legarnos una pintura que, como testimonio, pueda ser observada por sus herederos con honestidad y asombro. Hay, también, en el arte de Gallardo, la

señera seguridad de un hombre de conocimiento, que se humilla, con dignidad, para buscar, como motivo, a las pequeñas creaturas, sean estas obreros o arcángeles, los cuales tienen, y eso es lo asombroso, un rostro continuo, mestizo, negro, costarricense, latinoamericano.

La vitalidad cósmica de Gallardo, en íntima relación con el acontecer terrestre, le permite usar una gama de colores que sólo puede ser percibida en estado místico. El rojo estalla, el amarillo florece, el rosa envuelve, el blanco extiende, el opaco delimita. Gallardo recoge de la tierra sus colores y los hace celestes al entregarlos a Dios. Por eso nuestros ojos se asombran de la audacia del pintor y los cuadros cobran vida, se agitan, a pesar de la aparente inmovilidad de los hechos y personajes.

La pintura de Gallardo, por simple, espanta la conciencia de los fariseos y obliga a un acto de reflexión artística, porque lo que pinta es nuestro propio rostro y los girones de la conciencia divina que permanecen en nosotros.

Por eso nuestra cultura oficial no le ha dado paredes y muros para llenarlos de belleza, de hondura, de colores, de Dios y del hombre simple, aplastado por el Leviatán del oro y los convencionalismos. La pintura de Gallardo, como la de Manuel de la Cruz González, la de Lola Fernández, la de doña Luisita de Sáenz, es una pintura del futuro. Para ese día en que podamos descubrir al verdadero Amigueti, a la auténtica Emilia Prieto, al profundo don Enrique Echandi, al exquisito Noé Solano, al cual un día fuimos a enterrar bajo la lluvia.

Gallardo, con su genio paciente, resume el Apocalipsis de nuestro tiempo y la voluntad de resurrección de nuestro cuerpo. Su pintura, como espejo, refleja las contradicciones y los aciertos de la esperanza que, para desgracia de los escépticos, permanece en la voluntad de estar vivos.